

Paloma Ruiz Ramírez

Opción B. Otra economía está en marcha.

Después de asistir a las jornadas “Otra economía está en marcha” he podido tener una consciencia más clara de la situación presente en la que nos encontramos y de las diversas formas de cambiar el sistema. Es fundamental transformar el mundo en el que vivimos para dar lugar a una economía más justa.

Kate Roll expresó la necesidad de avanzar para cambiar concretamente las cosas y de la posibilidad de llevarlo a cabo actualmente. Estoy de acuerdo en que es un buen momento para pensar las posibilidades de cambio. Este año con la pandemia se ha puesto en evidencia que el modelo de producción económica en el que nos encontramos nos lleva al límite y pone en riesgo la salud pública. Por tanto, es un buen momento para crear futuros nuevos, arriesgarse para repensar el papel del Estado y dar la bienvenida a la incertidumbre.

Las situaciones que han traído la pandemia como volar menos, fomentar el uso de coger la bicicleta, etc. Pueden ser situaciones que, con un poco de esperanza, se queden implantadas en la rutina diaria. Las personas pueden cambiar de idea y es ahí donde reside el poder del cambio.

César Rendueles, por su parte, expuso con una gran claridad la problemática de la desigualdad estructural y como ésta se evidencia en la sociedad.

Las sociedades con mayor desigualdad, y por tanto mayor diferencia de ingresos; tienen peor salud, menos esperanza de vida, más obesidad, más problemas de drogas, más violencia en las calles, menos asociacionismo y mucha menos movilización social que en los países con menor diferencia de ingresos.

La reflexión que realizó César Rendueles sobre el elitismo me resultó muy interesante ya que en numerosas ocasiones nos han vendido la igualdad a través de la meritocracia y esto es un gran error.

La meritocracia es clasismo y es básicamente incompatible con la democracia. No socava las influencias de las élites si no que legitima el privilegio. La meritocracia no es un sistema de selección social si no que es un sistema de legitimación de los privilegios que crea la mercantilización. A más meritocracia más mercantilización.

Un efecto secundario de la meritocracia es que el sistema educativo asume una carga desmesurada. La escuela ha dejado de ser un lugar al que las personas acuden a tratar de aprender algo, para convertirse en el único mecanismo de justicia social aceptado. Las competencias están relacionadas con la cultura del esfuerzo. Es muy negativo que en la educación haya perdedores y ganadores, todo el mundo aporta.

La meritocracia es un ideal político. La sociedad se ha convertido en un gran estadio de fútbol donde la competitividad está a la orden del día como valor principal.

El igualitarismo profundo está en contra de las competencias y prefiere hablar de obligaciones compartidas y derechos. La recompensa externa socavan la motivación interna. La desigualdad nos impide llevar una buena vida.

En el igualitarismo profundo la igualdad no es un punto de partida es un resultado, un objetivo final.

El igualitarismo tiene que ver con el decrecimiento. Vivir con menos es vivir mejor. Tener suficiente es la finalidad de un proyecto igualitarista.

El decrecimiento fue otro concepto importante en estas jornadas explicado por Jason Hickel. Los científicos que estudian el cambio climático y los ecologistas apuntan de forma cada vez más clara al crecimiento económico como un motivo de preocupación. El crecimiento impulsa la demanda de energía y hace que sea muy difícil que los países lleven a cabo la transición a las energías limpias a un paso suficientemente rápido como para evitar altos niveles de calentamiento global.

El objetivo del decrecimiento es la disminución de los flujos de materia y energía de la economía global, centrándose en los países de ingresos altos con alto nivel de consumo per cápita. Se trata de lograr este objetivo reduciendo la producción de residuos y el tamaño de los sectores de actividad económica que son destructivos en términos ecológicos y carentes de beneficios sociales, como por ejemplo, la carne, los plásticos de un solo uso, los combustibles fósiles, etc.).

Mientras escuchaba a Jason Kickel pude pensar sobre mi propia forma de consumo y cómo realizar en un decrecimiento a todos los niveles. Algo en lo que no me había detenido a pensar, y que me pareció muy interesante, era en la opción de legislar para aumentar el periodo de garantía de los productos, logrando así que lavadoras y frigoríficos duren al menos 30 años y no 10. Otra medida sería prohibir la obsolescencia programada e introducir un «derecho a la reparación». Así, los productos se podrían reparar de forma económica sin recurrir necesariamente a las piezas del fabricante. Se podría legislar también para reducir el desperdicio de alimentos. Otras medidas que también enumera y en las que sí había pensado, ya que hablan mucho más de ellas, es en gravar la carne roja para promover el consumo de otros alimentos menos intensivos en el uso de recursos, prohibir los plásticos de un solo uso y los vasos de café desechables, y poner fin a la publicidad en lugares públicos para lograr una disminución de consumo material.

Como conclusión quisiera destacar las palabras de César Rondueles cuando apuntaba a que el capitalismo ha llevado al colapso de la humanidad en apenas 200 años. El capitalismo es un sistema incompatible con la vida humana tal y como la conocemos. De cara al futuro inmediato será fundamental la planificación y el racionamiento (ya ha pasado con las mascarillas, las vacunas, etc). También es muy importante subrayar la existencia de trabajos esenciales para la vida y por tanto darles el valor que merecen.

En mi opinión esto debe ser un cambio de paradigma importante, sería poner la importancia en lo que actualmente no se le ha dado ninguna, una completa inversión de la pirámide estructural del sistema.

Mariana Mazzucato, economista nombrada durante las jornadas, considera que la crisis que ha desatado la pandemia de covid-19 es una oportunidad para “hacer un capitalismo diferente”, demostrar que en la economía “el valor no es solo el precio”.

Jason Hickel afirma que mientras la austeridad llama a la escasez para generar más crecimiento, el decrecimiento llama a la abundancia para hacer que el crecimiento deje de ser necesario. Por lo tanto, la abundancia es la solución a nuestra crisis ecológica.

La característica central de la economía del decrecimiento es que requiere un reparto progresivo de las rentas existentes, lo que invierte la lógica política habitual del discurso del crecimiento.

Me impresiona conocer datos como los que se han mostrado en estas jornadas en los que el 60% de la humanidad viven con menos de 7,40 dólares al día, el ingreso mínimo necesario para tener una nutrición básica y una esperanza de vida normal. Desde 1980, la renta del 1% de la población más rica ha aumentado a un ritmo más de 100 veces mayor que la de ese 60%, y su riqueza se sitúa actualmente en 18.700 millones según el World Inequality Report de 2018.

Esta clase de desigualdad me parece insultante, en un mundo en el que tantas personas no alcanzan a tener lo suficiente para tener una vida que merezca la pena de ser vivida. La dignidad humana y los derechos humanos deberían de estar por encima de cualquier beneficio individual. Lo colectivo tiene que primar a lo individual y será la única forma de avanzar en los años próximos si queremos obtener un mínimo de calidad de vida. Vivir y consumir de forma consciente, albergando un mayor grado de empatía hacia la humanidad y el maravilloso planeta que nos acoge y nos da la vida.